



PREGÓN 2026

**TEMPUS
EST
GLORIAE**



MOISÉS RUZ LORENZO



EDITA

Consejo General de Hermandades
y Cofradías de la Ciudad de Sevilla.

ILUSTRACIONES

XXXXXXXX xxxxxxxx xxxxxxxx (portada, p. 58), Miguel Verdejo (p. 18),
Francisco Rovira (Taller Daroal) (p. 24), Luis Rizo (p. 29),
Pepillo Gutiérrez Aragón (p. 38), César Ramírez (p. 45), David
Payán (p. 51), Tomás Pérez Indiano (p. 63), Javier Jiménez Sánchez-
Dalp (p. 74), Pablo Rosa (p. 79)

© de la edición, Consejo General de Hermandades
y Cofradías de la Ciudad de Sevilla

© del texto, Moisés Ruz Lorenzo

IMPRIME

Ibdf bsdfbsdfbsdfbsdf

A mi mujer Macarena y mis hijos Macarena y Mateo, a los que les he robado el tiempo de desvelo, de juegos y noches en vela. A mis padres Sara y Curro por brindarme la posibilidad de amar en la fe y permitirme experimentar una juventud cofrade. A mis Salesianos de Triana que me enseñaron a amar a María. Y a mis Pastoreños de Triana a los que le debo lo soy y por quienes hoy estoy aquí. A mi amigo Paco Vélez, en su último pregón como presidente. El Consejo quedará huérfano sin él, pero nuestra amistad perdurará toda una vida.

¡Madre, han llegado tus días!
¡Sevilla, hoy tu tiempo se para!
Ya ha sonado la marcha
de las Glorias de Sevilla.
Hay un coro, está la banda,
el atril y la alegría
Y un Simpecado que al alba
nos ha traído a María.

Huele a rosas y a jazmín
que florecen de la aurora.
Los inciensos del Cautivo
que perfuman nuestra historia.
Y el Salvador, el Divino
Redentor de nuestros días
Ya renace en esas manos
de las Glorias de mi vida.

Es el pulso de los barrios
es el rito que no muere,
es la herencia de un abuelo
que en sus nietos aún se adquiere.
Nueve meses de luz pura,

de Sevilla y de Rocío
y de cielos que se miran
en los reflejos del río.

Nueve meses de Glorias,
como un bendito embarazo,
donde Sevilla es el vientre
que se prepara 'pa' el parto.
Que aquí se gesta la vida
en estos meses que llegan,
es nuestro tiempo de gozo,
es nuestra Madre en la tierra.

Y huele a freesias y a clavel,
de las rosas más tempranas,
las que levantan imperios
con sus manos soberanas.
¡Qué poder tiene ese cetro!
¡Y qué humildad esa corona!
Si hasta las estrellas del cielo
en su Gloria se alborotan.

Y a sus pies, la medialuna,
rindiendo la noche fría,
y la ráfaga que alumbra
y en sus brazos va el Mesías.
¡Miradlo cómo sonrío!
¡Mirad cómo nos alcanza!
En sus manos pequeñitas
cabe el cielo de su gracia.

Ya se escuchan los martillos
en estos pasos de plata
y María es un sagrario

que nos guía a la esperanza.
¡Arriba los corazones!
¡Que ha estallado la alegría!
Que se rompan las gargantas
entonando tantos vivas.
¡Vivan las Glorias de siempre!
¡Viva el presente y la historia
de esos barrios que florecen
cuando sus Glorias afloran!

Y volverán las petaladas
A los balcones que asoman
y adornaremos las calles
de guirnaldas y banderolas.
Proclamaremos sus nombres,
cual letanías que bordas
y entre altares buscaremos
A esa Virgen que no llora...
La que es Madre y es Maestra,
la que es Reina y es Señora,
la que el pueblo siempre encuentra
entre nardos y amapolas.

¡Llebad al mundo hacia Ella,
la que todo lo atesora!
¡Que Sevilla ya ha parido
la alegría que enamora!
¡Y cofrade, ven conmigo
del Rocío a mi Pastora!
¡Y que se rinda la Giralda,
que han llegado nuestras Glorias!

LA GESTACIÓN

*T*empus est Gloríae –es tiempo de Glorías-. Ese tiempo que vuela y se evapora, es ya aurora y sabe a gloria. Atrás quedó la penitencia, el dolor, el Hijo de Dios con sus manos atadas promulgando por Triana que su poder es soberano y que en su duelo nada acaba. Atrás quedé atrapado en esa calle Alcázares rozando la fe desmedida que es la Esperanza en Sevilla acercándose al pueblo si el pueblo no puedo llegar a Ella, que debe ser lo más parecido a pisar la gloria de su cielo aquí en la tierra. Pero nada acaba, mas bien todo comienza en una nueva Pascua que dos mil años después llega a nuestras almas y sin haber aprendido la lección primera: amar a Dios por encima de todas las cosas. Porque si Dios es amor basta ya de tanta guerra. No es cristiano, no es humano, no es lo que Cristo y su bendita madre nos enseñaron para guiarnos

y enseñarnos a caminar por una vida que no es más que el trance que todos debemos pasar antes de alcanzar su infinita Gloria.

Aquí y ahora todo vuelve a empezar. La gestación. El principio del final. Nueve meses en la Gloria de una ciudad que es el hogar de María Santísima y en la que volveremos a ser testigos del más bendito parto jamás contado, el de una Esperanza que en sus lágrimas no brota el dolor, sino que nace la vida... Cómo va ser una dolorosa si sus ojos son el espejo de Dios y su nombre “Macarena” fuente de Vida y Resurrección.

Y hasta las Antífonas de la O, que en su Gloria es Expectación, llegaremos a través de este hermoso camino que toda madre atraviesa antes de alcanzar ese primer beso de amor a su hijo.

Los de Gloria somos peregrinos de María, desde la gestación; desde el primer rayo de luz al alba...

Y así, bajo las bóvedas de esta sublime, penitencial, gloriosa y rociera Iglesia Colegial del Divino Salvador, donde el tiempo parece detenerse para que Sevilla rece en silencio, nos recibe Ella. La Virgen del Rocío que habita en este templo y que es el faro que guía los sueños de una ciudad que suspira por las arenas. Aquí, en el corazón de la céntrica Sevilla, se guarda el secreto de una centenaria devoción que no entiende de distancias, ni de fronteras, sino de amores que se heredan y reflejan el eterno amor que esta tierra le profesa desde siglos a la Patrona de Almonte.

Y hablando de herencias, permítanme que mi memoria se escape por un instante de estas naves barrocas de Acosta. Mi Rocío no nació en un libro, ni en reportajes y retransmisiones televisadas, nació en las vereas y en los caminos de los que mi padre me hablaba cuando yo por entonces, iluso de mi, elegía renegar de ti. Las cosas de la Virgen... Hoy, en el día de su cumpleaños, puedo

decir sin temor a equivocarme que mi padre me brindó el mayor de los regalos: hacer el camino del Rocío. Él, fervoroso rociero de Triana, me regaló la posibilidad de descubrir la solera de Gines, a escuchar el crujir de las carretas de una de las madres de nuestra fe. Allí, entre el aroma a romero y el clamor de los bueyes, aprendí que el Rocío es el mejor legado que un padre puede dejar a un hijo: una brújula que siempre apunta hacia la Blanca Paloma. Bendita lección aprendida en mi juventud, cuando creía saber más que nadie de algo que nunca antes había vivido. Bendita sea Gines en los caminos y esas sevillanas en las noches de Palacio que me enseñaron que “para ser buen rociero primero hay que ser cristiano”.

Y Sevilla, la rociera, es un abanico de medallas que se abre cuando revolotea Pentecostés. Imposible no rendirse ante la solera de Triana, la primera de todas, que cuenta sus caminos por siglos y que cruza hacia occidente rezándole a sus “chiquitita” convirtiendo el Guadalquivir en un trocito de marisma. O la elegancia de Sevilla, que desde este mismo Salvador marca al son de sus caballos y guitarras el paso de la ciudad hacia el Quema. Bendita fue la hora en la que Don Juan Luis de Cózar y Lázaro, junto a Don Francisco Muñoz y Pavón, tomaron el Salvador como nido de fe rociera en tiempos de coronación. Imposible no emocionarse con el tesoro del Cerro del Águila, que trae a todo el barrio en su carreta, como hace ahora cuarenta primaveras, o con la esencia de la Macarena, que camina con el empaque de quien sabe que lleva a la Reina en el alma y que es Esperanza que en los caminos consuela. Y cómo no hacer un guiño a la Castrense de Tablada, esa fe que vuela alto y que guarda el honor de nuestros cielos y de nuestra bandera en su Bendito Simpecado, la de España. Cual sino.

Sin embargo, hoy mi corazón late con un ritmo diferente. Late con el compás del Tiro de Línea, allí donde la Parroquia de

San Juan de Ávila se convierte en el epicentro de un sentimiento que hoy cumple cuarenta años. Cuatro décadas de Sevilla Sur, de una hermandad que nació del sueño visionario y la entrega de Don Carlos, el cura del barrio, el guía y mentor, el buen hombre que aquí enseñó que ser rociero es, por encima de todo, sentirte hermano del que tienes a tu lado.

En este 2026, cuando celebramos ese aniversario redondo, miramos atrás y vemos a más de 500 peregrinos que, año tras año, cautivan la monumentalidad de la Plaza de España con una alegría que desborda las torres de Aníbal González. Es un barrio que camina unido, que reza cantando y que guarda en su Simpecado el orgullo de saberse hijos de la Reina de Almonte.

Por eso, desde aquí, desde este atril del Salvador, quiero que mis palabras sean flores para su carreta. Porque después de cuarenta años de camino, de historias compartidas y de promesas cumplidas, de aquellas primeras romerías atravesando la Plaza de España donde hasta el recordado capataz y rociero Rafael Díaz Palacios se ponía delante para dar órdenes al caminar de la carreta, solo puedo mirarla a Ella y decirle lo que el Sur de Sevilla, a través de sus peregrinos y de las voces de su bendito coro, le grita cada primavera...

Eres tú, la que nos une
en la fe de una hermandad,
de amigos, familia y verdad
que el sentimiento reúne.
No hay arena que lo dude
ni sol que nos rinda el paso,
porque al Sur no hay ocaso
si lleva tu nombre escrito,
en este año bendito
de tantos Rocíos pasados.

Eres tú, madre y vecina,
la que sabe de sus penas,
la que en las noches de arenas
todo cansancio ilumina.
Cuarenta años de doctrina
que Don Carlos nos dejó,
ese cura que enseñó
que el Rocío es compartir,
y si lo quieres sentir
debemos rezarle a Dios.

Eres tú, fe de un barrio vivo,
de gente trabajadora,
que cuenta los días y horas
para que el camino deslinda.
No hay orgullo que no brinde
esta medalla colgada,
esa que queda grabada
cuando vas de peregrino,
atravesando caminos
e imaginando su cara.

Eres tú, nuestro Simpecado,
el que en la Plaza de España
conecta con tu espadaña
con hilos de oro trenzados.
Entre las torres, plantado,
y tus corazones que laten,
sin que los miedos nos aten
ni la distancia nos pese,
y que en el Rocío confieses
por sevillanas tus cantes.

Eres tú, la risa y el llanto,
en la “pará” y el sesteo,
ese bendito jaleo
que en ti se vuelve quebranto.
Sevilla Sur es encanto
y nace en la sencillez,
cuarenta años de fe
con tus hijos por bandera
caminando hacia la aldea
entre cantos del ayer.

Eres tú, voz de tu gente,
la que suena en la guitarra,
la que el alma nos desgarrar
con un quejío valiente.
Y en esta historia presente,
de un amor que nos cita,
donde el romero se agita
hoy te decimos, Pastora,
que Sevilla Sur te adora
y que en tu luz resucita.

Eres tú, la mano tendida,
el abrazo en el camino,
el que nos cambia el destino
y nos sana cada herida.
Eres tú la fe compartida
que da luz en cada aurora.
Eres tú el gozo y la gloria,
la que el corazón ilumina,
la que en el Tiro es vecina,
y en tus portales aflora.

Eres tú, grandeza infinita,
eres tú, la oración del mundo,
eres tú, el amor profundo
que en el universo habita.
Eres tú, la que el cielo agita,
eres tú, Reina coronada,
eres tú, la luz soñada,
eres el alba en la marisma
y hasta la pureza misma
que se refleja en tu cara.

Eres tú, solo tú, Señora,
la que mi alma ilumina,
eres tú, mi mejor vecina,
la que en el Sur siempre mora.
Eres tú, a la que el Coro adora,
eres tú, la guitarra y el cante,
eres tú, un amor inagotable,
eres tú, Reina y Pastora...

Eres tú, Rocío, eres tú.
y nadie más que tú
la que por mayo se asoma,
para volar, mi Paloma
al son de Sevilla Sur.

Y ya va el tamborilero
camino de las arenas
anunciando el sendero
para alcanzar sus promesas.
Las promesas del rociero
que anidan en las marismas,
en ese trocito de cielo

donde florece y germina.
Entre juncos y romeros,
entre rezos y alegría,
la ciudad se irá al Rocío,
peregrinos de María.
Y Ella que es todo amor
te acogerá con su brisa
para decirte que Dios
con Ella vive en la ermita.
¡Tamborilero, al tambor!
Que todo pasa de prisa
y en un suspiro y sin voz
regresarás a la orilla
tras cruzar ese océano
que navega en sus mejillas.
En Almonte una canción
Resonará cada día
al alba de esta pasión
que es amarla de por vida.
Y si falta tu oración,
Si sus ojos necesitas
Búscala en el Salvador
Al Rocío de Sevilla.



LA ALEGRÍA

A decorative flourish consisting of a large, elegant, cursive letter 'M' that loops and swirls.

ayo es el fervorín. La ilusión, la alegría de sentir que en el divino vergel de Dios ya emana vida y es santa.

Si abril fue el primer latido de la ciudad, mayo es el florecimiento del vientre de la Santísima Virgen María. Es el segundo mes de esta dulce espera que Sevilla recorre paso a paso, bajo un cielo que ha mudado su palidez de lluvia por un azul añil, rotundo y limpio, que parece recién pintado sobre las espadañas de sus iglesias. Mayo en Sevilla es un estado de buena esperanza que se viste de tul, de flores silvestres y de esa cera que, al derretirse, va marcando el camino hacia el nacimiento del Salvador.

La ciudad se despoja del chaleco y el anticipado verano asoma por la esquina de la calle Sierpes. Aparecen los primeros polos de colores que los hombres desempolvan del armario, buscando el

alivio de las sombras de esos toldos que estarán montados –según que año– mientras el aire se vuelve denso y dulce.

Es el mes de los niños de comunión, el de esos pequeños marineros blancos y princesas de mirada limpia que llenan las naves de las parroquias, y que, con la cruz en sus manos, escoltan a nuestras Hermandades de Gloria, aprendiendo que la fe también es una fiesta que se hereda más allá de un millón de besos y regalos.

En este rincón del calendario, el vientre de la Virgen se vuelve Sagrario itinerante. Mayo comienza con la humildad trabajadora de San José Obrero, que custodia con manos de carpintero el milagro que crece en el seno de su esposa. Casi al unísono, el aroma a pastos frescos nos lleva a San Antonio de Padua, donde la Divina Pastora cuida con mimo de su rebaño, sabiendo que el Cordero de Dios ya late en las entrañas de la Madre de nuestras Almas, como lo hará en Capuchinos para reafirmar tres siglos después que el de la Divina Pastora es el nombre más sevillano que Sevilla le pudo poner a María.

Y muy cerca, la fe se hace historia en la Puerta de Córdoba con San Hermenegildo, recordándonos que la entrega es el fruto de este embarazo místico. Y mientras el sol de tarde castiga el pavimento, la Virgen de Araceli nos regala su mirada lucentina, bendiciendo el corazón de una ciudad que se convierte en altar del cielo cada mayo en San Andrés.

Buscamos el refugio en Alcosa de los que nada tienen, donde la Virgen de los Desamparados nos enseña que este niño que viene es el amparo de toda la humanidad. Y en la periferia que se hace centro, en Juan XXIII, la Virgen de la Anunciación proclama que Dios ha puesto su morada entre nosotros, convirtiendo el barrio en un nuevo mapa de la salvación.

Y bajo este cielo de mayo, cuando el calor aprieta y las procesiones en los barrios son un hervidero de vida, es cuando el embarazo de María nos regala sus dos síntomas más hermosos.

Primero, nos acercamos a la parroquia de San Isidoro. Allí, la Virgen de la Salud se nos presenta como la medicina que este mundo necesita. Mírale el rostro, Sevilla, y comprenderás que no hay herida que no sane cuando Ella nos mira, sabiendo que en su bendito Niño se gesta la Salud eterna del mundo.

Y como si de un estallido de luz se tratase, nos trasladaremos a la vieja Judería, a San Bartolomé. Allí la Virgen de la Alegría rompe todos los silencios. Ella es el júbilo de este segundo mes de espera; es la sonrisa de la madre que siente el primer movimiento de su hijo. Ella nos dice que no hay lugar para la tristeza, que la vida triunfa y que Sevilla es un jardín donde la Alegría camina sobre un suelo lleno de pétalos.

Sevilla, mírale el vientre a la Virgen. Está creciendo la Vida en este mayo de polos claros, de niños blancos y de cielos infinitos. Y en este bendito tránsito, mi corazón se ha quedado detenido entre la Alfalfa y San Bartolomé, porque he comprendido, Madre, que para vivir este camino de esperanza necesito tu mano; necesito que sanes mis fatigas y que me devuelvas el gozo de sentir que de nuevo todo comienza.

Porque si Tú eres mi Salud, Sevilla... ¿cómo no voy a estallar de Alegría?

Salud y Alegría, María.
Salud en la Costanilla,
Lucero de flores blancas.
La que sana tus heridas
Cuando por mayo te mira
Con el dulzor de su cara.

Alegría en la Judería,
Lucero de flores rosas.
La que en su tez magnífica
El gozo, la algarabía
En su mirada preciosa.

Salud de San Isidoro,
Peana que envuelve al mundo.
Cuatro arcángeles custodios,
San Miguel mata al demonio
Mas en Ti no hay mal fecundo.

Alegría y San Bartolomé,
Peana que toca el cielo.
Querubines a tus pies
Nos elevan para ver
La sonrisa de tu reino.

Salud de los enfermos,
Sanadora de Sevilla,
Oración, la fe de un pueblo
Que a Ti vuelve en el recuerdo
Como el Niño a ti nos guía.

Y en tu búsqueda, Alegría,
Hoy me encuentro con mi infancia,
Esas tardes de pandillas
Aprendiendo cofradías
Y alegrándonos el alma.

Salud y Alegría, María.

Salud cura tus penas,
Alegría sonrío y calma;

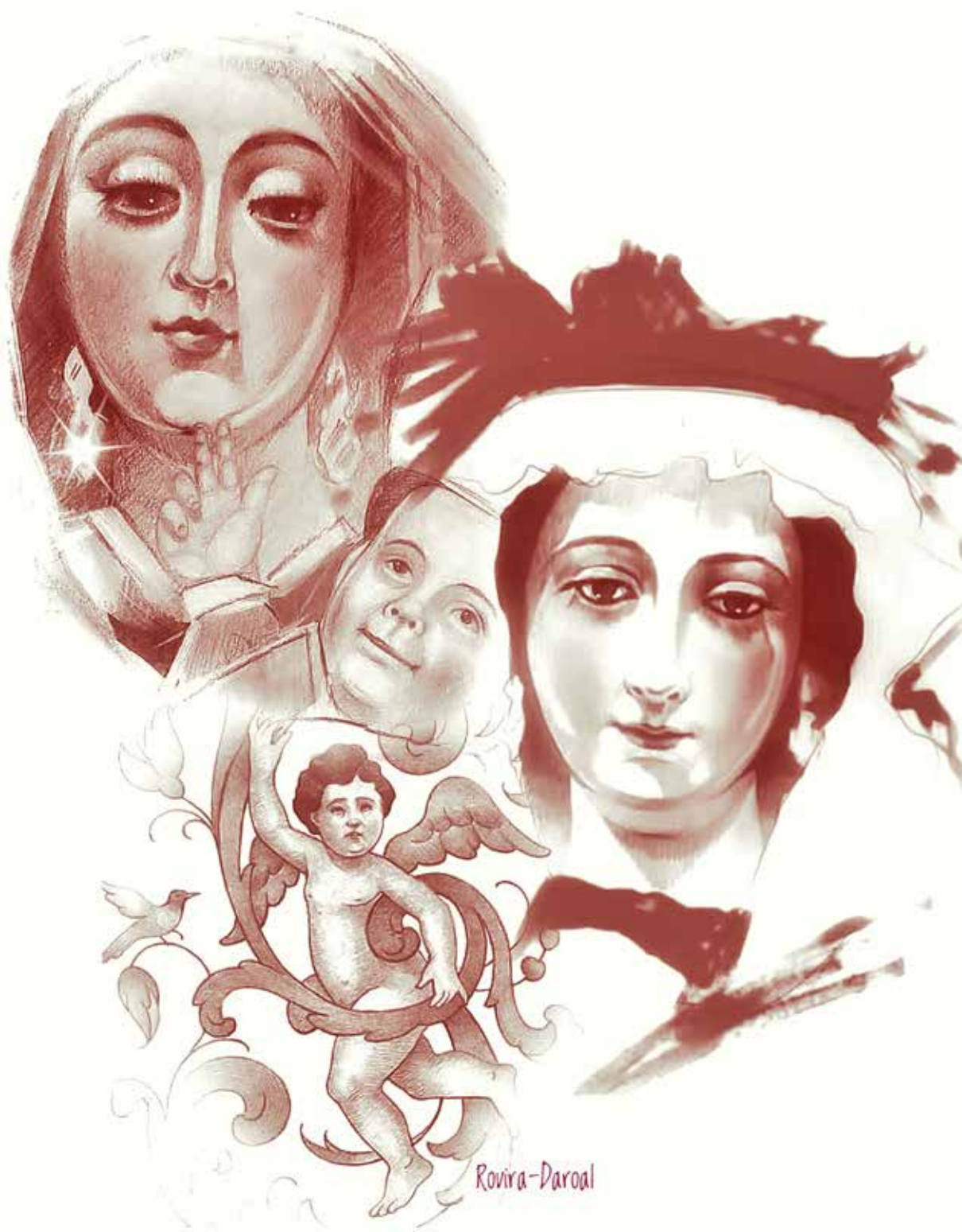
Cuando Sevilla las nombra
Toda la fe se desborda
Por sus callejas y plazas.

Dos miradas, una gracia.
María y siempre María,
Sevilla entera las canta
Desde el balcón donde estallan
Geranios y bungavillas.

Salud y Alegría, María.
Son dos salves y es un credo
Que aprendemos a entonar
En la cuna de los sueños
Que a las Glorias marca el tiempo,
El inicio y el compás.

Vuelve mayo ya al encuentro,
son dos nombres y sólo un rezo,
son dos barrios, un mismo beso
bajo el sol de la ciudad.
Y qué hermosa va María
es Salud y es Alegría,
¡Dos hermosas cofradías
de principio hasta el final!

Y el final, que es el principio, me lleva a la gloria de mi infancia. Al pupitre de un colegio y al repique de unas campanas que observaba desde la ventana del lavadero de mi casa. Le debo todo, quién soy y lo que tendré que ser, a mis padres. Ellos desde la humildad de la clase obrera y desde el sudor de un esfuerzo incesante y desmedido lo dieron todo por mi y por mi hermana Triana. Pero si algo debo agradecerles, hasta el fin de mis días, es aquella acertadísima decisión tomada para que en los albores de



Rovira-Daroal

la educación obligatoria me llevaran de la manos para cruzar las puertas de la que siempre fue, es y será mi casa salesiana. La de San Juan Bosco. La de los Condes de Bustillo. La del patio cuadrado y el patio redondo. La de los playbacks y el Domund. La de las Olimpiadas y la de los recreos celebrando goles con esas botellitas de plástico con forma de cantimplora. La de Crespo y la de los Verdes. La de Radio Bosco. La de mi infancia. La del joven adolescente...

Salesianos es un tatuaje que envuelve mi piel y atraviesa mi alma por todo lo que significó en aquellos tiempos de enseñanza y crianza, pero especialmente por cruzarme con Ella... Ella que te conquista con su mirada azabache, por la que enloqueces y no controlas. Ella que "Sentaíta" te eleva hasta la gloria de los cielos. Ella que te da permiso para conocerla, pero que cuando te presentas, sin darte cuenta, ya de Ella eres preso.

He sido su alumno, monaguillo, su acólito, su pertiguero. He cantado en su coro. Tomé a Dios en la primera comunión ante sus plantas. Mi primera confesión. He sido su lector. Y ahora, hasta que el trabajo me lo ha permitido, he sido su "aguaó".

Por Ella creo en el amor a María y posiblemente hacia Dios. Y no, no está en la nómina del Consejo de Cofradías puesto que es Archicofradía salesiana, como tantas que procesionan cada mayo por las calles de Sevilla. Pero estoy plenamente seguro que no soy el único hijo salesiano esta noche en este templo sevillano. A muchos, por muchas razones, nos vincula algún afecto hacia una enorme devoción mariana como es María Auxiliadora.

Ustedes me lo permitan.

Es un manantial que brota,
como un reguero de lágrimas,

y que alcanza hasta la orilla
del río que en ti emana.

Vaso de tu mirada,
reflejo de tantas vidas
que rezan ante tus plantas
y beben de manantiales
cuando tus ojos se clavan,
como puñales de amores
que te atraviesan el alma.

¡Agua, Triana, agua!
Que quiero seguir soñando
recordando aquella infancia
que me guiaba hacia el puerto
de la oración más temprana.

¡Agua, sólo agua!
Que quiero seguir sintiendo
el pulso de tus entrañas,
anhelando cada tarde
la ilusión más primaria
que era volver a verte
para buscar tu mirada
en ese rosal celeste
del templo de mis plegarias.

¡Agua y más agua!
Que quiero seguir hablando
de los recuerdos del alba
cuando cruzaba las puertas
del aula de mi enseñanza
y te admiraba en el marco
y tu belleza anidaba

sobre el pupitre de un niño,
en la lección más humana.

¡Agua, sólo te pido agua!
Para que nunca me falte
el canto de las mañanas
cuando entonaba tu salve
y me rendía a tus plantas.
Era yo aquel infante
que dibujaba tu cara
entre dictados y frases,
en griego y matemáticas.

Por eso yo porto el agua
cuando comienza la tarde,
y te conviertes en faro,
mi salesiana que arde
en los balcones de un barrio
que se forjó a tu imagen.

Por eso y por mil razones
que en mi silencio me guarde,
jamás faltaré a la cita
cuando por mayo me llames.
Y el agua, esperanza y vida,
que en Ti emana a raudales
siempre será mi encargo
mientras me dejes mirarte.

Y es que no lo sé, Señora.
No sé por qué regreso
si el recuerdo se evapora.
No lo sé por qué me amas
y me cuidas a deshoras.

No lo sé por qué me llamas
como al niño de la orla.
Y no lo sé porque lo cuento,
si este cuento es la glosa
de la vida de otro alumno
que anidase en tu corona;

Y siempre, siempre sabré, Señora,
que vaya a donde vaya
Tú siempre serás mi aurora.
Esa madre capitana
que me guía y que me adora.
El lucero a cada alba,
los besos que me enamoran,
un pasado que me irradia
y que es presente a cada hora.

Por eso yo sé, Señora,
que nunca será por agua
ni por cántaros que entonan
un “Rendidos a tus plantas”,
que mi alma te pregona.
Sólo requiero agua
para rozarte en la gloria,
en la gloria de una infancia
que cada año me aflora.
Y será porque te quiero,
porque te amo, Señora,
¡Que en Triana rozó el cielo
en tu Mayo, Auxiliadora!



Luis Rizo 26

EL CORAZÓN

El final es el principio, pues ahí estamos todos llamados a llegar a la Gloria de Dios mismo que penetra punzante en tu alma y que palpita en tu corazón.

Es Nervión el hervidero
Donde sacia la Sed Dios
y en la Gloria de su amor
la oración es lo primero.

En vos confío, Señor,
que por junio te presentas
y en tu llama me alimentas,
Oh, Sagrado Corazón.

Oración que hoy lanzamos al cielo con el corazón hecho trizas. Allí habita, demasiado pronto y junto a Camacho, en la Gloria de un mañana donde todos volveremos a encontrarnos. Pero cuánto se te echa en falta, en Sevilla y en Nervión, la niña del Sagrado Corazón, Adelaida Gallo Comesaña...

Qué buena gente enraíza en este barrio a veces tan olvidado, pero tan necesario para esta zona de la ciudad. Está mi querido Santos, con la juventud por bandera capitaneando unos de los barcos que navegan en la Gloria de Consolación. Miguel Villalba, Escudero, Joaquín, Carmen o mi querido Paco Pardo, maestro de maestros del dorado y del arte sacro hecho en Sevilla y que también es hijo del Sagrado Corazón.

Por cierto. Un oficio y un gremio, el de los artesanos, por el que todos debemos velar pues este sí que es patrimonio de la humanidad que exportamos al mundo desde esta bendita tierra. Sevilla que es madre y maestra para tantos, también lo debe ser para nuestro arte sacro. Sólo os invito, un día, a que me acompañéis de visita al taller donde emana el perfume de la madera de cedro y disfrutéis como yo hago con la carpintería y la talla de los centenarios Hermanos Caballero –pero los de siempre, los que mantienen la esencia y el legado en su nave de San Jerónimo- o el olor a tintes vegetales y cola de conejo en ese taller del artesano charolista Carli Lora, donde aprenderás a barnizar como hacían siglos atrás, a muñequilla. Qué os voy a decir: ¡Qué viva nuestro arte sacro! Y si compráis en Pakistán, libres sois, al menos no olvidéis que los Paquili, Arteaga, Abrines, Sánchez de los Reyes, Lourdes Hernández y una infinidad de artesanos más son los nuestros. Que ya demasiado sufrimos cuando se apropiaron de nuestras tiendas de los “20 duros”.

Y he ahí los bordados de Carrasquilla o Villarreal y su orfebrería. La corona de Seco Velasco, las retamas de Marmolejo o

las manos de Castillo Lastrucci que moldearon su gracia desde la reminiscencia más primitiva... Eucarístico junio que a la Gloria nos llamas y que en San Julián anochece bajo esa estrella sublime que como entona la copla “iluminara los montes que ocultaban en iniestas”. Es la Hiniesta Gloriosa la que reina en esta morada desde hace siglos, pero por un tiempo serán las monjas filipenses del convento de Santa Isabel las que custodien su gloria entre retamas y romero que perfuman al Dios vivo presente en la Sagrada Eucaristía.

Y será oración por las causas imposibles hacia ese santo portugués que dio todo su amor por enfermos y pobres y que le da más sentido aún si cabe su arraigo y la profunda devoción en el que es, por cifras, el barrio más pobre de España. Y esto no va de sensacionalismos, ni de una apología para que se luzca el pregonero. Esto va de certezas y realidades, de recorrer su Plaza del Platanero y descubrir que la marginalidad no puede ser una opción. Allí hay niños y hay abuelos que necesitan la oportunidad que otros no tuvieron. Porque hasta en la Gloria también hay pobreza... San Antonio, ayúdales y ayúdanos a ayudar.

Y Sevilla, en su calendario de luces, guarda un rincón donde el tiempo no se mide en siglos, sino en cursos escolares y en la estatura de nuestros hijos. Porque el patrimonio de las Glorias no es sólo esa plata cincelada o nardos que embriagan el aire; la verdadera Gloria es esa fuente inagotable de inocencia que brota cada mañana en el patio de un colegio.

Donde todo se aprende; donde todo se enseña. Esas son nuestras Glorias, no pequeñas, sino maestras para tantos cofrades que desde la cuna aprendieron de la grandeza de María.

Es allí, bajo el sol que ilumina las antiguas huertas de Heliópolis, donde el Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen se

hace hogar, refugio y asignatura de vida. Porque hay una Sevilla que se escribe con tiza y se reza en silencio desde un banco de madera, ese mismo madero fiel del Claret donde las manos de un niño aprenden a entrelazarse por primera vez.

Dicen que el amor tiene memoria, y no hay memoria más bendita que la de ver cómo la historia se repite en ese mismo reclinatorio. Ver a la mujer amada, mi esposa, moldeada bajo ese sol claretiano, convertida hoy en el espejo donde se mira una nueva vida. Es la cadena inquebrantable de la fe: una madre que enseña a saludar a la Virgen y una niña, mi pequeña Macarena que con su dulce voz de tres años convierte el juego en oración y el patio del recreo en un pedacito de cielo. “Corazón de María, eres Tú. Dame la alegría de Jesús”, así le reza, así juega, así le canta cada día mi hija.

Ellas son mi norte y mi guía. Ellas me enseñaron que, aunque Triana se quede en la orilla, hay una llama en este colegio que inflama el alma y le da sentido a cada paso que juntos damos cada día. Porque no hay mejor bandera que la familia, ni mejor escudo que ese escapulario que nos libra de la deriva.

Por eso, hoy, ante este atril que pesa de responsabilidad pero rebosa de gratitud, quiero cantarle al Corazón que en este tercer mes de embarazo palpita con fuerzas y se acelera y que guarda los sueños de mi esposa y la sonrisa de mi princesa. Porque en este rincón de la Misión, he aprendido que el amor más puro es aquel que se hereda, el que protege del frío y el que, cada mañana, nos abre la puerta de la verdadera esperanza.

En el viejo y fiel madero
de ese banco del Claret,
donde se calma la sed
del alma que es prisionero,

rezó allí, de mil maneras,
quien hoy es mi gran tesoro.
Macarena, a la que adoro,
puso su fe en tu mirada,
y en esa nave sagrada
fijó su infancia a tu modo.

Entre pizarras y tizas,
el aula es lección de vida,
y esa niñez añorada
vuela entre sueños y risas.
Y bajo tus manos sumisas,
Virgen Inmaculada,
mi esposa fue moldeada
en la oración cada día,
y por tu amor, Madre mía,
su alma quedó sellada.

Y hoy la historia se repite
en el mismo reclinatorio,
un bendito repertorio
y la ilusión que ella transmite.
Que el tiempo no lo limite:
mi hija, mi Macarena,
de tres años y voz llena,
hoy aprende a saludarte,
en el mismo banco a amarte
y a quererte cuando juega.

Y son ellas, luz y guía,
las que el rumbo me trazaron,
y las que en Ti me enseñaron
el Corazón de María.
Mas de ti no conocía

este amor que ahora me inflama,
pero el alma cuando ama
encuentra al fin su destino:
gracias a ellas camino
bajo el fuego de tu llama.

Triana dejé en la orilla,
aunque sus aguas me pierden,
encontré allí la fuente
que en ese colegio brilla.
Cada mañana en Sevilla,
cuando el reloj marca el son
de las nueve, el corazón
se me ensancha ante tu puerta,
dejando a mi vida abierta
a tu encuentro y tu oración.

¡Qué belleza, Inmaculado
Corazón de mi alegría!
Tu Niño es la luz del día
en tu pecho resguardado.
Escapulario claretiano,
que nos libra en la deriva.
Es el remo de mi vida,
mi ancla en la tempestad,
donde hallo la verdad
en los ojos de mi hija.

El timbre de la mañana
anuncia ya la llegada,
con la mochila cargada
de fe limpia y certera.
¡Mi familia es mi bandera!
Y grito al cielo mi fortuna:

Como tú no hay madre alguna,
Virgen de trono y velo;
clamo con todo mi anhelo
por mi esposa y por mi niña,
que tu manto a ellas ciña
y les abra el ancho cielo.

Sé refugio de su vida,
en el patio y el pasillo,
que tu amor sea el sencillo
remedio ante la malicia.
Si la sombra se avecina
y el acoso causa estragos,
no permitas el engaño
ni otro adiós que tanto duela.
Que no lloren más escuelas,
que en el bullying sólo hay daño.

¡Así bendigo tu nombre,
Corazón de la Misión!
¡Tuyo es mi hogar, mi oración,
de mi estirpe y de mi nombre!
Por ellas soy hoy el hombre
que en este atril se ha postrado
con mi esposa aquí a mi lado
y mi princesa, la que es
Este ojito de su padre,
Son mis brazos y mis pies.

¡Bendito seas Claret!
De San Antonio María,
la Misión, tu cofradía
y la Gloria de un ayer
que en la Puerta de Jerez

la trajeran en sus manos,
misioneros entregados
a los pobres y a la infancia,
mensajeros de esperanza,
siempre audaces y arraigados.

¡Qué gloria tú pecho encierra!
¡Qué luz me da tu mirada!
Con la fe bien amarrada
en estas antiguas huertas.
Y si el mal declara guerra,
tu escapulario en mis manos,
que el refugio sea tu manto
para toda mi familia.
Y aquí te veré algún día,
por Sevilla proclamando
el orgullo claretiano
del Corazón de María.



EL AGUA

*H*ay una geografía del espíritu que no se estudia en los libros, sino que se hereda en el susurro de una abuela y en la forma exacta de santiguarse antes de que la noche caiga. Mi mapa, Sevilla, empieza mucho antes de cruzar tus puentes; mi mapa está dibujado con el blanco de la cal y el azul profundo de una bahía donde el tiempo se detiene a escuchar el romper de las olas.

Vengo de una estirpe de orillas infinitas. De mujeres que, como mi abuela Carmen o mi madre Sara, sabían que el mundo es un océano incierto y que la única forma de no naufragar es manteniendo la mirada fija en un punto de luz que no se apaga. Ella era el salitre y era el puerto; era esa fe que no necesitaba de grandes retablos porque le bastaba una cajita de madera o un

rosario desgastado para levantar una catedral en mitad del salón. En sus ojos, de un azul de marea baja, aprendí que la devoción es un hilo invisible que nos une a lo alto, un cabo que nos mantiene amarrados a la orilla de lo eterno cuando la tormenta ruge con fuerza.

Ese legado de fe, que cruzó la carretera de Cádiz para sembrarse en esta tierra de naranjos, es hoy una corriente de agua viva que corre por mis venas. Y es que el agua es el principio de todo. Es el agua el hábitat natural de esa vida que desde el momento de la concepción late en su corazón en el vientre materno de la madre. Fue el agua de aquel bautismo que me hizo cristiano en Santa Ana, fue el agua de la orilla de esa playa de Regla o del muelle chipionero que me vio crecer... y es hoy el agua sagrada de la vida la que protagoniza mi presente.

Mirad a María. Miradla en este cuarto mes de su espera bendita. En el silencio de su vientre, el agua es ahora el primer hogar, el refugio tibio donde se gesta el mañana. Es el milagro de la vida que se abre paso, igual que la marea sube sin pedir permiso, llenándolo todo de una esperanza nueva. Hay una conexión que no es mágica, sino divina, entre aquella abuela que me enseñó a rezar y entre mis dos hijos que navegaron por las aguas del sagrao de mi mujer; es el ciclo perfecto de la creación, la herencia que no muere, la fe que se transmite de latido a latido.

Hoy, cuando Sevilla se vuelve una orilla de incienso, siento que esa brisa marinera me envuelve de nuevo. No es nostalgia, es presencia. La miro en ese viejo azulejo de la calle Santander que perdura como guardiana de tantos marineros que atravesaban el Postigo del Carbón. Es saber que quien nos enseñó a amar a la Madre nunca se va del todo mientras su voz siga resonando en nuestra forma de mirar al cielo. Porque el amor, como el mar, siempre vuelve a la orilla. Y mi orilla hoy tiene el nombre de una herencia que se hizo carne, de una abuela que se hizo faro y de una vida que, en este cuarto mes de dulce espera, nos anuncia que la Gloria es, simplemente, la Reina del Carmelo.

En un rincón del pasado,
donde el tiempo se detiene,
mi memoria aún mantiene
aquel rezo susurrado.
Con un rosario gastado
y una Regla que seguía,
mi abuela me describía
el misterio de los abuelos:
mirar siempre hacia el cielo
para encontrar a María.

Ella, mujer de sal,
de Chipiona y su orilla,
dejó en Sevilla la astilla
de un fervor irracional.
Con su acento de coral
y su nombre de marea,
Ella hizo que yo viera
en la Virgen del Carmelo,
el refugio y el anhelo
De esas urnas limosneras.

“Ay Carmen”, decía con celo
ante esa caja gastada,
capilla domiciliaria
que aún perdura en los pueblos.
Me enseñó que hay consuelo
si Ella guía tu camino,
pues marca el rumbo divino
como el Faro de Chipiona:
la estrella que nos corona
y que ilumina mi destino.

Busca el nieto su labranza
por los barrios de mi vida,
donde la fe es compartida,
escapularios de esperanza.
San Leandro nos alcanza
con su Virgen enfermera,
la que el enfermo venera
extramuros de bondad,
repartiendo caridad
al hospital macarena.

Sigue el rastro su camino
hasta el arco de la historia,
donde guarda la memoria
tras la reja de los siglos.
En San Gil, nuestro destino,
el Carmen se hace muralla,
y aunque el mundo dé batallas,
su mirada da el sosiego,
su belleza es nuestro rezo
en el fragor de su cara.

Calatrava ya se asoma
donde el agua es cristalina,
allí el alma predomina
y el incienso se hace aroma.
El Guadalquivir la toma,
barca de luz y de historia,
navegando hacia la gloria
desde la Cruz del Rodeo,
donde surca hasta los cielos
Entonando su victoria.

Cruzo el puente con premura
donde el río se hace cuna,
buscando la clara luna
Reflejo de su pureza.
Triana es toda belleza
cuando en Santa Ana florece,
el Guadalquivir que se ofrece
Mas este amor se apacigua
Si vuelves y te santiguas
en la capilla del puente.

Ya mi abuela no me nombra
los misterios al oído,
pero el tiempo no ha podido
dejar su voz en la sombra.
Cuando el incienso nos nombra
y Sevilla se hace oración,
siento que en su devoción
ella sigue aquí presente,
rezo que corre corriente
dentro de mi corazón.

Pero hay una luz que brilla
con un temple diferente,
la que espera impaciente
en el centro de Sevilla.
Mi alma de rodillas
cuando el Carmen va de frente,
y la noche encendida
bajo un palio su grandeza
para ver la flor perfecta,
Amor de Santa Catalina.

Es Ella el broche de oro,
el final de mi camino,
donde el rezo más divino
se funde con mi tesoro.

Bajo su palio decoro
el recuerdo de mi abuela,
ella fue la blanca vela
que me hizo pregonar,
donde el Carmen es hogar
y la fe nunca se hiela.

Gracias, abuela, por darme
el faro que me sostiene,
el mar que de ti viene
y el modo de santiguarme.

Y Sevilla, al abrazarme,
en tus brazos, chipionera,
hace que de amor me arme
y que en julio me desarme
aunque tu falta me duela...

Tú me enseñaste, abuela,
La Virgencita del Carmen.



César Ramírez

LA CONQUISTA

Sevilla no se queda en sus murallas cuando llega el tiempo de las flores. Sevilla, cuando se viste de Gloria, es una marea de plata y oro que no entiende de fronteras, porque la devoción de sus barrios no se explica: se exporta. Es una conquista silenciosa que nace en el azulejo de una esquina y termina siendo el latido del orbe cristiano. Desde el corazón mariano hasta el rincón más remoto del mapa, las Glorias son naves que zarpan cada primavera para decirle al mundo que aquí, la fe, tiene nombre de mujer.

Pero hay conquistas que no necesitan de ejércitos ni de naves. Hay una conquista que está ocurriendo ahora mismo en el sagrario más sagrado que existe: el vientre de una mujer.

Son cinco meses ya. Cinco lunas de una dulce espera que ha tomado por asalto el corazón de una madre. Es la invasión de la ternura, la capitulación de toda una familia ante el milagro que late, diminuto y poderoso, en el centro del hogar. Ese hijo que viene es el dueño absoluto de cada pensamiento, el capitán de una ilusión que lo ha rendido todo. Es una reconquista de la esperanza, un asedio de amor que nos recuerda que la vida, al igual que nuestras hermandades, es una gloria que se abre paso con la fuerza de lo imparable.

Y es que Sevilla sabe de conquistas porque un Rey Santo nos enseñó el camino. San Fernando, el de la espada en alto y la mirada en el cielo, no vino a estas tierras solo a ganar muros, sino a sembrar altares. Fernando III de Castilla, caballero de la Virgen, entró en la ciudad para convertirla en el epicentro de un universo que gira en torno a Ella.

Él trajo consigo el mapa de nuestra devoción. Por su mano, Sevilla se postró ante la Virgen de los Reyes, la Fernandina, la que reina desde la Capilla Real con la majestad de quien sabe que este pueblo es suyo por derecho de conquista eterna. Él fue quien, entre los olivares de Cuarto, imploró a la Señora y nos legó a la Virgen de Valme, esa que en Dos Hermanas es grito de victoria y refugio de caminantes. Y fue él, el Rey Santo, quien dejó en esta antigua Mezquita de Ibn Adabbas, hoy Iglesia Colegial del Divino Salvador, el frescor de la Virgen de las Aguas, para que nunca le faltara a Sevilla el manantial de la vida, ni el consuelo en las sequías del alma.

Hoy, las Glorias de Sevilla son el eco de aquel paso de caballos y aquel brillo de armaduras, pero transformados en varales y en ráfagas de luz. Desde el niño que crece en el vientre hasta la imagen que se eleva en el paso, todo es parte de la misma herencia: la de un Rey que nos conquistó para entregarnos a

María, y la de una Reina que, desde hace siglos, nos tiene ganada la batalla del corazón.

El sueño del Rey Santo
bajo el cielo de Sevilla,
huele a nardo y a jazmín,
dulce aroma de conquista
Ante Axataf el caíd.
Fue Fernando, el de Castilla,
quien soñó su majestad:
una Virgen de ojos vivos
que al infiel hiciera amar.

Y en la Capilla Real,
está la Reina que es María
sentada en trono de plata,
patrona de la nobleza,
Sevilla se rinde a Ella
cuando su agosto comienza.
De leones y castillos,
manto, saya y pecherín,
la memoria de un Rey santo
que no vio en su amor el fin.

Mas el Rey trajo consigo
cuando su puerta cruzó
a quien toda sed te calma
del alma en el Salvador.
La de las Aguas divinas,
que al ejército alentar
supo entre polvo y batallas
antes de entrar a reinar.
Hoy mora en el viejo foro,
mezquita que es manantial

de esa dulzura en su rostro
Agua y rosa universal.

Y en la Alfalfa se refugia,
entre agujas y dedal,
La historia de los Sastres,
San Mateo, el hospital.
En San Ildefonso espera,
con su porte colonial,
tejiendo hilos de oraciones
en ese altar celestial.
Hermoso joyero antiguo,
Patrona y trono real,
Ella es sastre y con sus manos
nos teje la caridad.

Tres rostros para una Madre,
tres altares y un altar,
que San Fernando en su espada
nos quiso a todos dejar.
Sevilla no es la muralla,
ni es solo río hacia el mar,
es el rastro de un Rey Santo
que la supo enamorar.

Ocho siglos han pasado
y no se apaga el fervor
del más antiguo sagrario,
mariano encuentro con Dios.
Pasa el tiempo, vuela el aire,
pero siempre se quedó
la belleza del romance
de aquel sueño y su esplendor.
Y aquí seguimos, de rodillas,

Peregrinos que a tu son
Cantamos tu salve viva
Que habita en el corazón:
“A tus plantas se postra Sevilla
Rindiendo homenaje y loor.
¡Gloria a ti, Virgen de los Reyes!
¡Gloria a ti, Reina del amor!”



JAYAN

EL NOMBRE

*L*egó septiembre. El aire cambia, Sevilla se despereza del letargo del estío y el calendario nos regala el estallido de un nuevo mayo en pleno otoño. Es el tiempo del “sí” rotundo, de la Gloria que se hace Madre bajo el sombrero de paja y el báculo de plata. Es el mes de la Pastora.

Y en el sagrario del vientre, la vida avanza imparable. Ya son seis meses. Seis lunas que han transformado la incertidumbre en certeza. Es el momento del susurro, del secreto compartido, del debate dulce y eterno en la intimidad del hogar: “El Nombre”. Septiembre es el mes de ponerle nombre a la esperanza, igual que Sevilla le puso nombre a la belleza cuando vio por primera vez a la Virgen vestida de zagala.

Ese nombre resonó con fuerza, con eco de siglos, hace apenas unos meses y a los pies de la Inmaculada en la Plaza del Triunfo. ¡Qué septiembre nos regaló la Pastora de Santa Marina! Aquella marea azul y blanca, aquella presea que se posó sobre sus sienes como un pacto eterno entre la ciudad y su historia.

Ya la corona de oro
ciñe su frente divina,
la que en Santa Marina
es de Sevilla tesoro.
Canta la tierra en un coro
su realeza soberana,
Primitiva que enamora
y en el Triunfo se declara,
porque no hay luz más clara
que el nombre de la Pastora.

En ese Triunfo, hubo una mirada que lo resumía todo. La mirada de Rosa, la compañera fiel del eterno hermano mayor, Andrés Martín. Dios quiso que Rosa no faltara a la cita; que sus ojos vieran coronada a su Virgen antes de partir al redil del cielo, donde hoy aguarda junto a Martínez Alcalde y otros grandes pastoreños que ya tienen la dicha de contemplar al Buen Pastor. Pero la Gloria no sabe de distancias y cruza las vías para llegar a Padre Pío, donde otra Pastora, de manos trabajadoras, pastorea a su barrio con la humildad de quien se sabe Madre de todos.

Y así, cruzamos el río. Llegamos a Triana, el lugar donde mi alma echó raíces y donde el nombre de “Pastora” se canta con la fuerza del Guadalquivir. Mi gran devoción. La que me vio crecer en las naves de Santa Ana, donde aprendí a amar a las Hermandades de Gloria y donde serví durante más de una década en su Junta de Gobierno.

Imposible olvidar aquel 2008, cuando tuve el honor de guiarla a la Catedral como Diputado Mayor de Gobierno, precisamente en el Pregón de las Glorias que pronunciara mi admirada Irene Gallardo. Mi corazón todavía late al ritmo de su andar por el Puente, como el latido de ese niño que, a los seis meses, ya reconoce la voz de su madre.

Sevilla, no me pidas razones para explicarte por qué Ella es la Patrona del Deporte Nacional -ahora y siempre- o por qué me rindo ante su paso cuando por Santa Ana asoma. Búscala en San Jacinto, espérala en la Plazuela, mira sus ojos cuando el sol de la tarde le acaricia la cara por la calle que baña el río. Allí entenderás por qué, para este pregonero, no hay debate ni duda posible: ¡Ella es la Virgen más bonita que pasea por Sevilla!

Dios te salve, Madre nuestra,
Pastora de gracia plena,
es eterna es tu dulzura
e infinita tu belleza.
Del árbol de los mil tiempos
ramifica hoy tu alma.
Y es ahí donde el tormento
se lo llevan ya los vientos
de tu azabache mirada.

Donde renacen los versos,
los rezos y las plegarias,
sevillanas que se escapan
en el septiembre alfarero.
Soniquetes que revuelan
cuando en la noche le cantas
esas nanas de la abuela,
de la Señora Santa Ana.

Ea pues, Pastora Nuestra,
sé siempre nuestra abogada
y llévanos hasta los sueños
cuando te alcanzan los besos
de mi bendita Triana.
Y así hoy bajas del cielo,
y así floreces deprisa...
como el clavel, la azucena,
los tulipanes que pisas.
Es el jardín de tu gracia
que florece en tu alegría.
Y si los besos se agotan
por septiembre resucita.

Porque eres Tú nuestra hora,
ea, dulce Virgen mía.
El redil donde a tus hijos
proteges de la injusticia.
Jardín de todo lo eterno
donde tu reinado habita.
El hogar de mi Pastora,
la casa que fortifica
la fe de todo un rebaño
que te sigue cada día.

Y es tanta la gratitud,
ea, Señora mía,
es tantísima la luz
que me das y que me fías,
que no habría septiembres
en el resto de una vida
para explicar lo que eres
para mi y mi familia.
Y decirte que te adoro,

que me llena de alegría,
recordando el 2008
por las calles de Sevilla.

Y esas tardes de soleadas
paseando por la orilla
de ese río que te baña
cuando por Betis lo miras.
San Jorge y el Altozano,
la estrechez de Alfarería,
sevillanas de Bernardo
y esa Estrella ya encendida
que va alumbrando tu manto
cuando a Pureza caminas,
para buscar la Esperanza
que en tu mirada se aviva.
Y al volver de nuevo a casa,
cuando el dolor se agudiza,
siempre te espera la abuela
del Pastorcito que brilla.

El trabajo se consuma,
ya vuelve la cofradía,
y todo acaba, Pastora,
todo comienza y termina.
Se marchitan ya las horas
como un sueño que suspira.

En septiembre te encontré
entregado a tu dicha.
Era tan solo un chiquillo,
me sobraba la osadía...
pero guiaste mis pasos
al cancel de tu capilla.

Me guiaste a tu rebaño,
me llamaste a tus filas
a defender tu legado
hasta el fin de mis días.

Y aquí me tienes presente,
 ea, Señora mía,
 ante el paso de los años,
 siendo Tú mi compañía.
Como siempre, como antaño,
 como al niño que acogías
 en el fragor de tus brazos
 para llenarlo de vida.

La nana y un último adiós,
que el descanso se aproxima.
 Cuida a mis pastoreños
 y llénalos de tu dicha
hasta el final de los tiempos,
 cuando la luna más brilla.
Que en Triana seguiremos
 Iluminando a Sevilla
con la Reina de los Cielos,
 ¡Pastora del alma mía!



EL REZO



Octubre asoma por la Resolana y Sevilla se enreda en un hilo de cuentas de madera y pétalos de plata. En el vientre, el milagro entra en su séptimo mes. Ya no es sólo una promesa; es una presencia que se hace notar, que se mueve, que escucha el mundo exterior. Y ante ese misterio de la vida que se hace fuerte, la madre solo sabe hacer una cosa: rezar.

Octubre es el mes en el que el cordón umbilical se vuelve un Rosario de amor. Es el rezo de las madres que, desde el alba hasta el ocaso, blindan a sus hijos con el Ave María. Es la oración valiente que camina por el Barrio León buscando el amparo de la que sale de mi templo de San Gonzalo, o la que se hace eco eterno en las naves de Santa Ana con esa Madre de Dios del Rosario que es patrona de capataces y orgullo de toda Triana.

Sevilla se vuelve un misterio gozoso en cada esquina. Rezamos con el Rosario de San Julián, con la elegancia del Rosario del Dos de Mayo que emana de las Aguas, con la sobriedad señorial del Rosario de San Vicente y la pureza bendita de la Hermandad rosarista de la Virgen de las Nieves. Es el Rosario que guarda y custodia la capilla de Montserrat, como desde tiempo pretérito ya hiciera con el Convento de dominicos de la collación de San Pablo. Octubre es el suspiro de un Santo Rosario Macareno recorriendo sus calles y el repique de campanas que anuncia que la Virgen del Rosario ya busca la luz en Santa Catalina en los albores de noviembre.

Pero si hay un lugar donde el Rosario se hace historia viva y refugio de almas, es en el rincón de los Humeros. Allí, donde Sevilla guarda su esencia más pura, la Virgen del Rosario ejerce una labor que va más allá de lo visible. Porque las cofradías de Gloria no sólo son un ente cultural y patrimonial; son, sobre todo caridad, humanidad y vida. Y para lograrlo no requerimos de excesos, ni de multitud.

Y en los Humeros el Rosario tiene un nombre propio: Marcelino. Un joven que, en su mundo de silencios y de luces distintas, ha encontrado en esta hermandad su lugar en la tierra. Marcelino, con su autismo a cuestas, se siente integrado, se siente parte, se siente feliz entre el olor a cera y el cariño de sus hermanos. Gracias al amor inmenso de sus padres y al abrazo sin fisuras de su cofradía, Marcelino nos enseña que la verdadera “Gloria” es la inclusión, es el respeto y es el amor que no necesita palabras para explicar que todos somos hijos de la misma Madre.

Esa es la verdadera lección de nuestras Hermandades de Gloria. Porque la inclusión no puede ser una moda, ni un titular; debe ser el latido mismo de la Iglesia. Las hermandades deben ser casas de puertas abiertas y rampas invisibles, donde no importe cómo caminas, cómo hablas o cómo sientes, sino cuánto

amas. Una cofradía solo alcanza su plenitud cuando es capaz de abrazar la diferencia y convertirla en una fortaleza.

Y es que, ese amor universal del que hablo, ese abrazo que no entiende de condiciones, se resume en una sola escena: la de un padre que contempla a su hijo.

Hace seis meses que la vida cambió su compás para siempre en mi casa. Seis meses en los que el tiempo se detiene cuando el mundo calla y solo quedamos él y yo. Y en esa penumbra, mientras mis dedos acarician la suavidad de su piel y busco en el abismo de sus ojos la inspiración para escribir y hablaros hoy de nuestras Glorias, casi sin darme cuenta, mi alma empieza a tararear una canción.

No es una nana cualquiera. Es la melodía que ha mecido los sueños de mi hijo Mateo. Una música que nace en el atrio de la Basílica y se clava en el corazón de Sevilla. Mientras lo estrecho en mis brazos, mis labios esbozan, muy bajito, para no romper el hechizo, los acordes de esa “Madrugá Macarena” que mi buen amigo Rafa me enseñara.

Esa marcha que es elegancia, que es lamento y esperanza a la vez. Esa música que evoca la dulzura de la Madre de Dios y la sobriedad del Señor de la Sentencia, se ha convertido en la nana perfecta para mi hijo. Porque en sus notas está todo lo que quiero para él: la fe inquebrantable, la belleza que salva al mundo y la certeza de que, incluso en la “Madrugá” más oscura de la vida, siempre amanece la Esperanza.

Así, tarareando ese himno que Sevilla lleva en su ADN, me he quedado atrapado en sus ojos aún buscando las palabras para este pregón, como tantas ya escritas en esas noches de desvelos, sabiendo que la Gloria más grande que jamás podré pregonar es el simple milagro de verle dormir mientras la Macarena y la Virgen del Santo Rosario acunan sus sueños en otra nueva madrugada...

Oh, mi bebé que enamoras mi alma.
Oh, mi bebé que en tu cara irradas
Ese fulgor que despiertan tus ojos,
Es el amor más puro y hermoso
Que jamás sentí y así ha de seguir.

Oh, mi bebé, que silencias las noches,
Oh, mi bebé, sólo escucho tus voces,
voz que se acuna y entona tu llanto,
como esta nana nacida del manto
en el que este padre se ampara...
Es la Sentencia en la fe.

Oh, mi bebé, tú me quitas las penas,
Oh, mi bebé, gracias a ti Macarena,
Hoy en sus sueños yo cruzo tu Arco.
Es el susurro que entona este canto,
un canto de gracias eternas
por cuidarlo hasta que al mundo viniera.

Oh, mi bebé, ya reposa en mi pecho,
Oh, mi bebé, mi alimento perfecto,
te siento así, como el Niño en sus brazos,
Reposando su amor al regazo
Y rezando un Rosario en silencio.

Oh, mi bebé, ya se cierran tus ojos,
Oh, mi bebé, tanto amor y más lloro,
duérmete tú... y que se duerman mis sueños.
Oh Niño Dios, en ti veo a Mateo
y así siempre ha de seguir
cada noche y hasta el fin.



Indiano
20.

LA VÍSPERA

En el bullicio del Mercado de la Feria, entre el olor a especias, pescado fresco y el trajín de los carros de la compra, se fragua la verdadera víspera del parto cuando alcanzamos el octavo mes de gestación. Allí, entre puesto y puesto, Concha y Esperanza ultimán los detalles de lo que está por venir. No sólo hablan de los mandados o del frío que se cuela por las naves de Omnium Sanctorum; hablan amor, de ilusiones de nietos, de camisas recién planchadas y de ese cosquilleo que sienten al ver los primeros reposteros colgados.

Saben que noviembre no es silencio si el Maestro Tejera rompe el aire con su elegancia centenaria. 125 años de sones que

enraízan en el mismísimo gen de la ciudad. Una música que no acompaña, sino que eleva el paso de la Patrona por las estrecheces de su collación. Desde la algarabía de Relator hasta el recogimiento en su calle Amargura, el barrio se prepara para demostrar que el otoño en esta arteria tan nuestra tiene nombre de Reina y una banda sonora de leyenda.

Pero allí están ellas, dos mujeres de la Feria de gracia sevillana y con una guasa que no te veas...

—¡Ay, Esperanza! ¡Qué frío se ha metido de golpe, hija! Que parece que los Santos han abierto el congelador y no lo cierran ni para almorzar. Traigo los dedos que parecen sarmientos.

—No me hables, Concha, no me hables... Que ayer saqué ya la bata de “guatiné” y el brasero de picón, que tengo las piernas que parecen un mapa de carreteras. Es que llega noviembre y se le pone a una el cuerpo lacio, ¿verdad? Todo tan gris, tan de ir al camposanto, tan de “ay qué pena quien no está”... que si las flores para los difuntos, que si el pañito negro...

—Es verdad, Esperanza. Noviembre entra siempre con esa sonata que parece que se va a “morir” una. Parece que la calle Feria se queda muda, como si le diera susto despertar a las ánimas. Pero, ¿tú sabes lo que te digo yo?

—Dime, mujer.

—Que en este barrio somos muy listos. Porque cuando el resto del mundo está sacando los pañuelos para llorar, nosotros estamos sacando la cera. Que mientras otros ven oscuridad, nosotros estamos ya mirando para la calle Peris Mencheta, buscando con la vista la torre de Omnium Sanctorum, que parece que se pone más derecha cuando llega su día.

—¡Qué razón tienes! Que la gente dice: “Noviembre, mes de los muertos”. Y yo digo: “¡Cállese usted! Noviembre, mes de Ella”. Que Sevilla es muy suya, y para que no nos gane la pena, puso a la Reina de Todos los Santos en mitad del calendario para que nos sirva de alegría y nos llene de vida.

—Es que verla por ese dintel, Esperanza... con ese Niño que parece que se va a tirar a darte un beso, y esa ráfaga que es como si el sol se hubiera quedado a vivir en la calle Feria... A mí se me quitan los dolores. El otro día me dolía la ciática y fue ver el primer repostero colgado en un balcón y, ¡hija!, mano de santo. Que soy capaz de irme hasta esta noche a pegarme unos bailecitos a la “Holyday”.

—Qué antigua eres, Concha hija.

—Pero si yo le puse ladrillos a la “fachá” del Vizcaíno.

—Ay, Concha. Pero es verdad que te da una alegría inmensa. Es la que manda en la collación, nuestra indiscutible Patrona. Que por mucha muerte que traiga el otoño, Ella llega con ese paso de gracia, con ese olor a nardo que se te mete en el alma, y nos dice: “Ea, que aquí estoy yo, que la vida sigue y que Sevilla es gloria bendita”.

—Pues mira, vamos a darnos prisa con los mandados, que tengo que plancharle la camisa al nieto, que este año quiere ir cerca del paso. Que noviembre en la calle Feria no es negro, Esperanza... ¡Noviembre en la calle Feria es de colores!

Busca la abuela el rincón
donde el nieto aprenda a verla,
que no hay en el mar tal perla
como la de esta collación.

Se transmite el corazón
de una mano a otra mano,
que en este rincón sevillano
la fe nunca se termina,
y mientras el paso camina
A Ella nos guían los Santos.

¡Qué romántico el perfil
por esa calle Amargura!
Donde la noche es pintura
y el nardo parece abril.
Con manto de azul añil
la Reina de 'To' los Santos,
Va borrando nuestros llantos
con su ráfaga de gloria,
escribiendo una victoria
entre marchas y entre cantos.

Se hace fiesta el mostrador
del Mercado de la vida,
que la Feria está encendida
para verla en su esplendor.
Cualquier vecino es pastor
de esta Virgen tan lozana,
que se asoma a las ventanas
donde el tiempo se detiene,
y la gracia que Ella tiene
ya repica en sus campanas.

Siglos de historia y Gloria
en tu calle son la guía,
Y ya no existen ni las horas,
Aquí noviembre es alegría.
Baja el cielo por María

en Peris Mencheta entera,
que el barrio se desespera
buscando su luz bendita,
donde la fe se acredita
con devoción verdadera.

No hay noviembre que sea gris
si se encienden sus candelas,
que las nubes son de telas
de oro, seda y marfil.
Y el barrio que ya es feliz
viendo a su Madre de frente,
es esa abuela corriente
que en su amor Ella derrama,
cuando Sevilla la llama
entre el fervor de su gente.

¡Y qué importa que sea otoño
si el sol camina con Ella!
¡Qué importan las nubes y el frío
si en Feria se ven estrellas!
Que en noviembre no hay penumbra,
ni tristezas, ni memoria...
¡Que aquí los Santos alumbran
a la Reina de las Glorias!

Y cómo no va a ser Ella Mediadora de Dios... Cómo no va a ser ese vehículo de luz que llega, sin desvíos, directo al centro del alma. Quién sino Ella, que bajo el dintel de la Magdalena se hace refugio, puede amparar tus dolores, tus sinsabores, tus ruegos más callados y esa necesidad imperiosa —casi urgente— de encontrarte, a través de su dulce mirada, con la inmensidad de Dios.

Como no va ser Mediadora nuestra. Ella no es solo una imagen; es el puente que une cielo y tierra. Es la mano tendida en el naufragio y el puerto seguro tras la tormenta. Miradla bien: en su pecho late el secreto de nuestra salvación. Un corazón que no se queda estático en la madera, sino que se desprende de lo material para hacerse espíritu. Es el Amparo que se vuelve ala, el socorro que se vuelve vuelo, la Madre que eleva nuestras miserias hasta convertirlas en gracia para alcanzar su cielo.

Cinco siglos amparándonos en tu Gloria.

Gloria en una mirada que resucita
socorriendo a quien presenta sus cuitas
ante el altar donde se eleva tu historia.

Cinco siglos como Madre y Protectora,
frente a la sombra, la luz encendida;
frente a los males, la fiel salvavidas
de los que buscan tu amparo, Señora,
cuando en el mar navegan a la deriva.

Un siglo de Mediación, Madre nuestra,
un voto de amor que el tiempo custodia;
cien años de fe, de luz y victoria,
donde Sevilla es la mano que muestra
que Tú eres el camino hacia la Gloria.

Mediadora que carga tu pena,
que toma el ruego y lo vuelve oración,
que rompe del alma cualquier cadena
para alcanzar el misterio de tu Mediación.

Y ahora, miradla... que el vuelo empieza,
que el corazón sus dos alas despliega,

que el rezo del pueblo a su mano llega
y el aire se inunda de luz inmensa.

El aire que expulsa ese portalón que nombra al Calvario, mas en esta collación de la Magdalena es inevitable no pensar que su muerte nos lleva a la Gloria de esa celestial y dulce mirada que nos regalara Roque Balduque y que desde hace siglos se ha convertido en un inmenso manantial que nos sacia la sed de Dios. Porque en Ella, que es mediadora e intercesora, vemos, sentimos y abrazamos al Altísimo. Y así lo dispuso en sus manos con un corazón alado...

Que vuelen los pensamientos,
buscando en Ti la respuesta,
pues tu mano siempre presta
a calmar los sufrimientos.

Que vuelen las esperanzas
del que a tus plantas se postra,
pues tu mirada es la glosa
que nos define tu gracia.

Que vuelen penas y quejas
hacia ese tu cetro alado,
donde el perdón es hallado
detrás de tus viejas rejas.

Que vuelen los corazones
al ritmo de tu latido,
que no se vea perdido
quien reza tus oraciones.

Que vuelen por el crucero
los ecos de tu memoria,

cinco siglos de victoria
de un amor que es verdadero.

Que vuelen los imposibles
a tu mano mediadora,
pues no hay sombra, gran Señora,
que en Ti no sean visibles.

Que vuelen, Madre, los años,
los siglos de tu presencia,
siendo Tú la clara esencia
que cura los desengaños.

Que vuelen, sí, que se eleven
las ansias de los sencillos,
y que en tus ojos, los brillos,
hacia el mismo Dios nos lleven.

¡Miradla! ¡Ya no se aguanta
el gozo del feligrés!
Sevilla entera a sus pies
su dulce rostro levanta.

Que vuelen los sentimientos,
que el mes de los santos llega,
noviembre su luz despliega
entre rezos y momentos.

Mediadora del consuelo,
que al Hijo que Tú sostienes
le pides por nuestros bienes
con alas de terciopelo.

A ese Niño que es el cielo,
y en tu mano izquierda abrasa,
mientras tu voz, dulce y mansa,
ampara nuestros desvelos.

Buscadla en la Magdalena,
bajo esa cúpula erguida,
la primera de Sevilla
que alcanzó la luna llena.

Y en el dintel de tu casa,
donde el tiempo se detiene,
Sevilla su amor mantiene
mientras tu gloria nos pasa.

Mediadora de la Gracia,
que al Rey del Cielo presentas,
Tú que nuestras almas tientas
con tu divina eficacia.

¡Que bajen los querubines!
¡Que se rinda el mundo entero!
Que por fin, en su crucero,
resonarán los clarines.

Porque el Amparo es el nombre,
y la Magdalena es el nido,
donde el Dios recién nacido
quiere que el hombre se asombre.

¡Traedle ya la corona!
¡Que se ciña y en su frente!
Que tus hijos, desde siempre,
y a tu Gloria nos asoman.

¡Ocho de noviembre, el día!
Abre tus alas y ven,
que esta bendita mujer
se corona y es María.

¡Mediadora en nuestras vidas!
¡La que ampara nuestra fe!
¡Coronemos en su sien
a esta Reina de Sevilla!



EL PARTO

Sevilla, fíjate cómo se para el tiempo cuando el calendario se rinde al frío que no hiela, porque lo calienta la fe. Entramos en el mes de la Esperanza, el mes donde la ciudad no camina, sino que aguarda en una dulce y bendita expectación. Es diciembre, Sevilla. Es el tiempo en que las manos se vuelven cuna y los ojos se pierden entre las viejas huertas de San Gil, en la Gloriosa O de mi vida o en esa dulce y fiel Enfermera, que es Divina Esperanza en la gótica San Martín.

Nueve lunas han pasado, y como ya predijera con su pluma de oro Don Joaquín Caro Romero en aquel año dos mil: “estamos asistiendo, asombrados y expectantes, al parto de la azucena”. No es un nacimiento cualquiera; es la pureza que rompe

en flor, es el aroma de Dios que se hace carne en el vientre de una Virgen que es, a la vez, nuestra vecina y nuestra Reina. En cada rincón de Sevilla, el Niño Dios se prepara para volver a nacer, no en un pesebre frío, solitario y lejano, sino aquí mismo, en el Sagrario de nuestros corazones. ¿Habrá mayor Gloria que ese instante?

Pero antes de que el llanto del Infante rompa el silencio de la noche, Sevilla volverá a ponerse en pie de guerra por amor. Porque si hay una verdad que esta tierra amamantó antes que nadie, es que Ella es Pura y Limpia desde su mismísima Concepción. ¡Sevilla, la tierra de María Santísima! La ciudad que no esperó a Roma, la que se echó a la calle con el Voto de Sangre, dispuesta a dar la vida por defender que ni la sombra del pecado rozó siquiera la orla de su manto. Somos los hijos de los que juraron con la mano en el pecho y la mirada en el cielo que la Concepción de María era el dogma de nuestra propia existencia.

Y en ese fervor concepcionista, desde esa Triana Eucarística que ancla su fe en una Esperanza que también es Inmaculada, el alma se nos escapa hacia ese rincón bendito, ese zaguán del cielo que es un pintoresco Postigo, aquella vieja Puerta de los Barcos por donde accedía a esa ciudad amurallada los preciados aceites. Ahí es donde la devoción se hace miniatura y la grandeza de Dios cabe en una capillita que es el relicario de todo un pueblo.

Madre, bendita sea tu pureza

Y eternamente lo sea.

Bendito sea tu vientre,
Inmaculado en su esencia.
Vergel que al Arco florece

En tu Divina inocencia.
Bendito los que creyeron
A pesar de las afrentas.
Benditos los que leyeron
Las proclamas en la Iglesia.

Benditas fueron las coplas
Que entonaron tu grandeza
Anunciando por el mundo
Que aquí nació tu defensa.

Bendito sea tu Dogma,
Bendita Sevilla y su entrega
Defendiendo hasta la sangre
Qué bendita es tu pureza
Y eternamente lo sea.

Benditos los que te buscan.
Benditos los que te encuentran
Tras una cancela forjada
Por las manos del que reza.

Benditas son las miradas,
Benditas son las promesas.
Bendita cada plegaria
Que en tu capilla almacenas.

Benditos los días que sanas,
Benditas las noches en vela.
Bendita es esa campana
Que el sábado a ti nos lleva.

Benditos son tus diciembres
Cuando las tunas te elevan

Entre bandurrias y capas,
Entre claveles y escuelas.

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea.

Bendita sea tu corona.
Bendita tanta belleza.
Cinco lustros coronada,
Pero siempre fuiste Reina.

Qué se lo digan al Papa
Arrodillado en tu reja.
O a todos estos tus hijos
Que entre tus manos se aferran.

Pura y Limpia desde siglos,
Y eternamente lo sea.
¡Sevillano, rézale en el Postigo
Que en tu corazón se queda!



EL NACIMIENTO

Sevilla, ha llegado el momento. Ya no hay más esperas, es la hora del parto. Ese embarazo que comienza con el aroma de los azahares de abril llegará a esa plenitud donde la luz se hace carne y la devoción tomará el nombre de María en mil nombres de amor. Nueve meses de latido constante, de una ciudad que ha guardado en su vientre el secreto mejor guardado de su fe y que ni siquiera ojos necesitaría, como nos muestra Santa Lucía, para ver y creer.

Pero las Glorias de Sevilla no son sólo procesiones y alegría, un barrio en fiesta o el brillo de una ráfaga bajo el sol de mayo. Las Glorias son también el silencio orante y la herencia que no necesita de calles para ser eterna. Son las Glorias que habitan en

la penumbra de los retablos, en el frescor de los muros que guardan siglos de historia. Es la Virgen de Rocamador en San Lorenzo, con su sabor a cristiandad desde los tiempos de la reconquista. Es el Patrocinio que nos ampara desde su altar y que custodia el último aliento de Cristo en los confines de Triana. O la austeridad de San Onofre, donde la Adoración no conoce el descanso y Sevilla se arrodilla en el corazón de Su Divina Majestad.

Todo ese caudal de siglos, toda esa devoción que nace en la paz de un modesto o rico altar y estalla en el júbilo de una procesión, se resume ahora en un solo grito. Porque Sevilla, valiente y mariana, decidió hace mucho tiempo que su rumbo sería siempre Ella. Es la hora de que el corazón hable, de que la añoranza despierte y de que el pregón llegue a su ocaso para gritarle al mundo que aquí están sus Glorias; siglos y siglos de historia y besos derramados por cada rincón, por cada plaza, por cada muro de esta bendita ciudad en donde siempre se refleja un mismo nombre: María.

Nueve meses de esperanza te esperan, Sevilla... Nueve meses de amor por y para Ella.

Tempus Gloriam, Sevilla.
El tiempo del embarazo
que culmina entre tus brazos,
un revuelo de alegría.
Meses de esperanza y vida
que nos trae esta corriente,
desde abril hasta diciembre
elevando las plegarias
para alcanzar tu mirada
entre el fervor de tu gente.

Porque fuiste tan valiente
cuando el Ángel te anunciara

que la vida a ti llegara,
salvadora y tan prudente,
que coronaron tus sienes
como Reina de este mundo
y Sevilla en un segundo
anunció su amor materno
y lo hizo tan eterno
que por Ti cambió su rumbo.

Desde el Santo Rey Fernando,
con la Virgen de los Reyes,
se dictaron nuevas leyes
que el amor fue proclamando.
Y en las Indias conquistando
con la Antigua coronada,
y es tan fiel su rosa blanca
que Sevilla exportó fuera,
siendo siempre la primera
en tu dogma, Inmaculada.

De las Aguas y hasta el Prado
se despierta la memoria,
que Sevilla vive en Gloria
en su eterno calendario.
La Alegría y un Rosario
al Amparo de su historia,
es la Luz ante la sombra,
y es el Carmen navegando
con la Reina de los Santos,
son filiales y patronas.

La Cabeza y Araceli,
desde Andújar a Lucena,
y la Virgen de la Sierra

que en San Roque se venera.
Montemayor la primera
y es patrona Valvanera
de su gente en “La Calzá”
y está la Virgen del Mar
que de Almería viniera.
Y el Corazón de María
que palpita en Torreblanca,
y la blancura infinita
en Santa María la Blanca.
Desamparados de Alcosa,
en Tres Barrios Candelaria,
que nos enciende el Rocío
en sus carretas de plata.
Y todo un barrio despierta
en el Juncal de su gracia
y por septiembre regresas,
morena guadalupana,
y en las Mercedes su puerta
de realeza te habla
y Santa Lucía te enseña
que no hace falta mirarla
para admirar sus Milagros
que al Buen Aire nos lleva.
y en San Martín la Enfermera,
la Salud en la Costanilla
y que en el Sol se refleja.
La Encarnación en la Cena,
Anunciación de María,
es el Verbo en los Terceros
y en Juan XXIII vigía.
Ella es la Madre de Dios
que por Triana pasea
y como un grito en el mundo

entre sones de Tejera
nos enseña que su nombre
es el Pilar en la tierra.

Auxiliadora es mi aurora,
salesiana “Sentaíta”,
y en Santa Ana la Pastora
al Pastorcito nos guía.
Aquí no hay versos ni prosa
que nos pregonen la vida,
son esas noches hermosas
acompañando a María.
Nueves meses, a la Gloria,
al fervor y la alegría.
¡Sevillanos, es la hora
de las Glorias de Sevilla!

EL EPÍLOGO PASTOREÑO

Cómo le explico, Pastora,
a una Sevilla en la Gloria
que en un rincón de Triana,
el trascoro de Santa Ana,
la vida no pasa sola.

Cómo le digo, Señora,
que en tu capilla la aurora
resplandece en nuestras almas
en un risco de alabanzas
y de rezos que te imploran.

Cómo le cuento al que duda,
que tu mirada desnuda
los miedos de nuestro ayer,
que en Ti volvemos a ser
esa fe que nunca es muda.

Cómo le explico a la gente,
que ese trascoro es un puente
hacia el jardín de tu Edén,
donde tu rostro, clavel,
florece cada septiembre.

Cómo le muestro el camino,
que el riesgo es nuestro destino
para alcanzarte en la fe,
que en Santa Ana te encontré
como un milagro divino.

Cómo le cuento al que espera
que en esa verde pradera,
que transfigura tu gracia,
no hay ni una sola desgracia
cuando cruzan tu frontera.

Cómo le hablo de amores,
vivas, rezos y tambores,
si Triana se hace risco,
y hasta el sol se vuelve arisco
si no ilumina tus flores.

Cómo le digo al que mira
que cuando el barrio suspira
por Rodrigo de Triana,

eres Tú la soberana
por la que el mundo delira.

Cómo le cuento al que siente
que al navegar por tu gente,
entre cohetes y cantes,
no hay un pincel que lo narre
ni un amor tan valiente.

Cuando la luna te alaba,
toda pasión se derrama
y se cruzan tres miradas,
que ha llegado mi Pastora
a la Estrella y la Esperanza.

Y al llegar a la Plazuela,
cómo te explico su vuelta,
que entre el humo y su fragancia
recobramos nuestra infancia
entre nanas de la Abuela.

Y si hablamos de memoria,
de esa herencia de su gloria,
surge un nombre, el de Mijares,
que entre rezos y cantares
nos regalara a esta moza.

Él guardó su luz divina
cuando el tiempo fue neblina,
y hoy el barrio, que es testigo,
pide el oro por castigo
a la Reina de sus vidas.

Por ese ayer y el presente,
por tu amor, que es permanente,
te soñamos coronada,
y a Sevilla, emocionada,
entre el fervor de mi gente.

Si aún no entiendes mi euforia
por su pasión, por su historia,
en ese rincón de Santa Ana,
besa su mano mañana
y os sentiréis en la Gloria.

Entérate bien, Sevilla,
que en esa bendita orilla
donde el alma se engalana,
hay una Virgen sencilla,
la más hermosa y divina,
mi Pastora de Triana.

He dicho.



*Este pregón se comenzó a escribir el domingo
11 de enero de 2026, festividad de San
Higinio papa. Se concluyó el 6 de abril
de 2026, primer lunes de Pascua de la
Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y
festividad de San Marcelino de Cartago.*